

CAPÍTULO I

Cuando vi que los bailarines saltaban dando gritos, con la sonaja en la mano y el sudor chorreándoles bajo la máscara, sentí como si me fuera a morir de repente y todo lo vivido se acumulara de golpe.

“Y ahora para qué –me dije, medio escondido en una esquina–; para qué diantre seguir la fiesta si ya se te acabó lo principal.” Por no dejar me fui siguiéndolos mientras del parque llegaba el ruido de las chinampas y de todo el jolgorio que traía el viento.

Me acerqué a la puerta del corralón donde los parachicos le tupían al baile, y al oír los vivas que le lanzaban al santo me sentí más peor y regresé a mi casa a beberme un cartón de cerveza para hacerle engaño al coraje.

Tres años sin bailar. Tres años de mantener la ilusión de que al próximo iba a desquitarme, y todo para nada. Nomás para seguir maldiciendo el momento en que a lo bestia levanté tamaña piedra, sólo por hacerme el fuerte, ya que ni molestaba en el surco.

Prendido del yugo busqué las primeras casas para que me trajeran auxilio, y fui a parar al hospital de Tuxtla con la pierna que parecía papayota madura. Consentí que me pusieran cuerdas de plástico y dizque aceite de animal entre los huesos, porque de al tiro se destrabó la rodilla. Y desde entonces ya no pude ser el mismo.

Fue cuando comencé a imaginar cosas para que se pasara el tiempo, porque no aguantaba estar tirado en la cama con el yeso oprimiéndome. Entonces conté los días. Primero para adelante, como queriendo que volaran y se llegara el momento de caminar con muleta, y que más corrieran para que fuera bastón, y todavía más aprisa para moverme libre. Pero la espera se hace larga y se termina pensando para atrás, aunque salgan remordimientos y se alborote el hormiguero del rencor. Y ni modo, uno termina hablando solo, por más que se tenga fijo en la cabeza que ser chismoso es malo y peor serlo de uno mismo.

Así me imaginé la forma en que debí nacer, y al ir trayendo mis pasos caí en la cuenta que es inútil pedir más porque todo fue como debía, alegre o triste, y si por un lado di, por el otra me llevé la chinga merecida. Estuve en la cárcel penando y gocé la libertad que quise. Tuve madre y la perdí, tuve padre y apenas me acuerdo de él. Me crie con cuatro hermanos, logré esposa, suegros de buena pieza, y un hijo que siempre estuvo y ahora comienza a irse.

Para qué más. Si de muchas cosas ya ni me acordaba y de otras trato mejor de no hacerlo. Y por mi cuenta corre que no me voy a acordar nunca, porque no le voy a echar vinagre a esta canija suerte de estar

baldado y sin el gusto de enmascararme para salir a bailar.

Creo que tengo 68 años pero no puedo dar fe. De lo que sí atestiguo es que nacimos tan pobres que mi mamá me tuvo que entregar con mi padrino Galdino Santiago, un viejo malencarado que se dedicaba a la arriería. Me educó a punta de lazo con peor trato que a sus mulas, y toda la escuela que tuve fue el camino de herradura que va de Comitán a Chicomuselo; y de ahí a la costa, atravesando la sierra.

Aprendí a guiar el patachi ayudado por la mula capitana que también se le dice madrina, asilenciándola en el camino y poniéndole la campana-cascabel cuando entrábamos al recaudo de un pueblo y la gente nos salía a ver. Supe cómo cargar el aparejo sin molestarle el lomo al animal, haciéndole colchoncito con bolitas de paja bien dispuestas para que pudiera aguantar el pesor sin sufrir mataduras. Aprendí a tener tanteos para equilibrar los bultos en los pasos difíciles, y a terciar las reatas sin horcarle los costillares y las junturas. Curé gusaneras, entapiaduras de vejiga y pudrición y amarré cascos mal abiertos. Me levantaba a media noche para contarlas y darles agua; las llevaba a comer, de preferencia a los lugares donde pudieran ramonear, y también le hacía al cocinero de toda la compañía. De ropa ni hablar, andaba peor que chucho sin dueño, todo magullado y roto con el

culo de fuera. No tuve tiempo de aprender a leer, apenas los números.

Me faltaron amigos, porque desde los nueve años en que entré al oficio hasta los 23 en que lo abandoné, solamente mis cinco compañeros se dieron cuenta de mi cambio a hombre; las confianzas se me fueron perdiendo en el crecer y los golpes recibidos me criaron el recelo, que tiene por malos hijos la boca callada y el pensamiento juilón.

Hasta los 13 años fui sufridor; que así se le llama al que aguanta la carga cuando se le ajusta a la bestia y sirve en las tareas más ingratas. Me pagaban 25 centavos diarios y la comida, que nunca sobraba, ya que mi padrino era sabio para tantear las raciones de sus mantenidos y en exigir que no se tirara ni un grano de arroz, pues de la sobra suele nacer la envidia.

Entre un costal llevábamos carne salada en tasojo, pescado seco, frijol y café, y pan dulce que íbamos mercando por las fincas y rancherías. Lo mismo pasaba con los pishtones, unas tortillotas gruesas, que se vendían a 16 por 40 centavos; de modo que con cinco pesos alcanzaba durante tres días para toda la compañía. Alguna vez trajimos de la frontera nuestras bolas de totoposte y la maletita de frijoles negros.

Acampábamos en el monte en aviaderos conocidos, menos cuando tocábamos las cabeceras de nuestro comercio, Arriaga y Comitán, donde había mesones con pesebre y patio suficiente a precio de a tostón. De esos momentos de descanso recuerdo la figura de mi padrino desabrochándose de la cintura un culebrón donde alzaba el dinero, para contarlo

y hacer los ajustes de sus ganancias y de lo que iba gastando.

Dieciocho días duraba un viaje de éstos, y después de tres de reposo nos devolvíamos cargando manteca, petate, latas de aguardiente que teníamos prohibido abrir; granos, petróleo y parafina, rejas de cerveza y hasta alambre, que según las regiones así eran los productos que lográbamos. Muchas veces nos hacíamos de centavos extras o de fruta llevando encargos, sobre todo cuando las fincas alemanas se llenaban de cortadores de café que nos daban cartas o recuerdos para sus familiares, cosas que guardábamos con nuestro sabornal. Así cruzamos por Liquidámbar; La Suiza, Monte Grande, Prusia, y tantos y tantos lugares que aprendí a reconocer de noche o con nublina, por alguna seña que podía ser una simple piedra, y hasta por el grito de los monos que en algunas partes abundaban.

Nos levantábamos a las dos de la madrugada para que la caminata fuera durante el fresco, y llegar así a la estación de descanso a eso de las ocho cuando el calorcito empieza a picar. A la hora ya estábamos de nuevo en marcha y al recargarse el sol sobre las *ti* deteníamos el *patachi*. Toda la carga se iba de vuelta al suelo, los hombres nos regalábamos con un bocado y a los animales se les daba su ración de maíz y agua; en esa forma nos tendíamos a campear hasta que la fuerza de la resolana amainaba, y otra vez aparejábamos la carga para dos o tres horas de fatiga.

Muchas veces cruzamos convoyes de carretas al pisar terreno llano; y era alegre porque los carreteros eran amigos y cuando se armaba campamento en